

Mayo del 68: yo estuve allí

Las Provincias, Rafael Gassent. Valencia (09/05/2008)

A menudo me encuentro con gentes de mi generación que aseguran haber sido testigos de hechos históricos recientes, donde el hombre, por defender sus ideas, se ha rebelado, aun arriesgando su vida, contra los estamentos establecidos, y esos momentos les han marcado para siempre. Sin embargo, otros no se han enterado de lo que estaba sucediendo.

Yo viví el mayo francés del 68. Quiero decir que en aquella época, en mi primera juventud (tengo la misma edad que Daniel Cohn-Bendit, el anarquista que se puso al frente de los estudiantes de la Sorbona y al lado de los trabajadores, principalmente los del sindicato CGT francés), yo viajaba regularmente a París, aunque no me pillaron las barricadas, ni las cargas policiales contra los revolucionarios y amantes del Che. Madelaine Renaud, primera dama de la escena francesa, tuvo que enfrentarse junto con su marido, Jean Louis Barrault, a para dejar bien claro que ellos no hacían un teatro burgués, que habían sido los primeros en montar de Samuel Beckett, de Arrabal, y otras obras de vanguardia de Claudel y Marguerite Duras. Pidamos lo imposible: la imaginación al poder. Y prohibido prohibir.

Madelaine, aún la recuerdo sentada al borde del escenario, frente a los estudiantes, diciendo la famosa frase: "Nosotros no hacemos un teatro burgués... Es el burgués el que viene al teatro. No podemos prohibirle la entrada al público, no podemos seleccionarlo. No debemos prohibir". La vieja dama, no tan vieja, pues tenía sólo 68 años, se defendió, como dos siglos antes lo hiciera María Antonieta, de las acusaciones en un teatro que los que allí estaban seguramente era la primera vez que pisaban. Por París se paseaba entonces el Living Theatre con la versión de de Bertolt Brecht y la Cinèmatheque Française había cerrado sus puertas...

Yo vi las calles levantadas, los adoquines esparcidos como los restos de una batalla, mientras degustaba un té con pastas en la terraza del Café de Flor. No vi por allí a Jean-Paul Sartre. Se lo habrían prohibido también. Mientras, , la revista de espectáculos de la ciudad, sacaba en portada el beso de un gendarme con el joven Cohn-Bendit. Este muchacho es hoy un político en su país y defiende el partido de Los Verdes con su hermano. Atrás quedó la anarquía, pero transformó de alguna manera la sociedad francesa, de De Gaulle. Francia estaba aburrida y necesitaba, doscientos años después, otra revolución.